

MARTÍN FIERRO



¡Al gran pueblo argentino, salud!



CHARQUE--¡Hoy duermo en el maledón!...

“LA EXPOSICIÓN ARGENTINA” *ALSINA 1640* *
* *BUENOS AIRES*

MUEBLES Y TAPICERÍA

LOCAL MUY VASTO Y MEJOR SURTIDO — CASA DE CONFIANZA

Grandes depósitos centrales para guardar muebles. Se reciben muebles y objetos de arte en depósito garantizando su perfecta conservación.

CIGARRILLOS



“TRES CORONAS”



HABANOS

G. San Germier

POR CINCO PESOS —

Se manda libre de porte un surtido de 25 paquitos de semillas al gusto del comprador, un lindo obsequio y un Calendario de las sementeras. *

ALFALFA DE LA PAMPA

Calle LIMA, 1165 — BUENOS AIRES

LOS OBREROS Casa fundada * en 1864 *

— DE —
FEDERICO ROVEDA

ROPA HECHA Y ARTÍCULOS PARA TRABAJADORES

Calle DEFENSA núm. 619

NOTA: Nuestra ropa no se descose. Pida V. catálogo

I. Bonansea

CIRUJANO — DENTISTA MECÁNICO

Calle MORENO núm. 990

— BUENOS AIRES —

Justino B. Lamarque

CIRUJANO - DENTISTA

Ex-Jefe del Consultorio de Odontología de la A. Pública

Horas de consulta: de 8 a 11 y de 1 a 6

Calle ARTES núm. 543 BUENOS AIRES

Pinturería y Ferretería del Comercio
POR MAYOR Y MENOR

DE **JOSUÉ BENZONI**

Surtido general de Ferretería, Vidrios, Espejos, Lunas, Papeles pintados, Pinturas, Oleografías, etc., etc.

DEFENSA núm. 966 — BUENOS AIRES

“MARTIN FIERRO”

Semanario Ilustrado de Crítica y Arte

Redacción y Administración: **SANTIAGO DEL ESTERO, 1072**

PRECIOS DE SUSCRICIÓN ADELANTADA:

EN LA CAPITAL:		EN EL INTERIOR:	
Trimestre	\$ 1.20	Trimestre	\$ 1.80
Año	> 4.80	Semestre	> 3.50
Exterior: \$ 4.—oro al año		Año	> 6.—

Número suelto: 10 centavos—Provincias: 15

MARTIN FIERRO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA DE CRÍTICA Y ARTE

OFICINAS: SANTIAGO DEL ESTERO 1072

DIRECTOR: ALBERTO GHIRALDO

AÑO I

BUENOS AIRES, 26 DE MAYO DE 1904

NÚM. 12

LOS SIN-PATRIA

ALGUIEN ha dicho que es, sobre todo, en la boca de los tiranos y ambiciosos de los pueblos donde más resonancia tiene la palabra "patriotismo."

De mí sé decir que van corridos años—y eso que, valga la verdad, no cuento en total con muchos—desde que arranqué de mi espíritu este sentimiento artificial que, con artimañas y farsas de la peor índole, tratan de inculcarnos en nuestra más débil niñez todos los que ejercen de cómplices á sueldo de tiranos y ambiciosos; profesores y frailes negociantes en cuyas manos torpes depositan los gobiernos y los padres la suerte de la infancia.

Soy, pues, un emancipado, un libertado de un gran prejuicio, de una gran tiranía, que quiere levantar su voz tan alto como le sea posible para contribuir al derrumbamiento absoluto de un culto salvaje, ferozmente fanático, brutal glorificador de injusticias.

¿Que porque vengo en un día como este á desentonar tan formidablemente en el coro entusiasta que de todos los ámbitos se eleva como un cántico de triunfo en derredor de un altar?

Os lo diré sin rodeos. Porque ha llegado también entre nosotros el momento de examinar á la luz de la verdad y de la ciencia esa entidad indefinida y nebulosa que dijera Hamon llamada "patria". Observad que ese momento ha sido preparado por esos mismos hombres cuya memoria se evoca; observad también que no habiendo nada definitivo en la naturaleza, ellos no han podido constituir nada eternamente perdurable y que por lo tanto (pese á los momificados patrioteros, únicos tal vez que se eximen hasta el día de la ley del transformismo) sus obras, como todo lo humano, deben entrar necesariamente en el círculo infranqueable de la evolución.

Y tengamos presente que habiendo profundizado una verdad, no podemos seguir aturdiéndonos con la algара estrepitosa de una mentira que á través de los tiempos ha venido perpetuándose.

Según el soberbio decir de Johnson, el patriotismo es el último refugio de los malvados. Por eso es que las tiranías rotas por los hombres de Mayo, en las guerras de la independencia americana, fueron instituidas en nombre de la patria; es en nombre de la patria, tal como antes en el nombre de Dios, que se han sancionado toda clase de crímenes; es en nombre de la patria que se continúa hoy arrastrando á los pueblos sugestionados á luchas de exterminio; sí, es en nombre de la patria, y al inaugurar-se el siglo XX, que los grandes caciques de la Europa al frente de sus tribus atraviesan en malones devastadores el África y la China.

Hace algún tiempo, no mucho, desafiando las iras de un grupo de fanáticos, en una asamblea pública, me expresé sobre el tema en la siguiente forma:

Para mí esas líneas imaginarias con que han sido divididos los pueblos no existen. Sólo moralmente podría fraccionarse la humanidad y para ello habría necesidad de colocar á un lado los seres sanos y en el otro lado á los enfermos. Lo demás es, y ha sido, cuestión de política, de fuerza, de imposición, de conquista, de diplomacia, de astucia ó de hipocresía.

No hay ríos, no hay montañas, no hay océanos, no hay cordilleras ni otros obstáculos físicos para la inteligencia, y la patria de ésta no tiene *discortium apparum*. Lo demás no puede ser sino conveniencia, egoísmo ó falta de

luz. En consecuencia, la patria es la libertad, y allí donde se oprima, allí donde existan voluntades que se impongan, con el Mauser ó el Krupp, allí debe resonar el grito de los soldados de la humanidad, en cuyo número me cuento.

¡Ya pueden, tocando á ataque, batir el parche de sus cajas jorobadas todos los vetustos tradicionalistas, todos los retrógados enmohecidos! Sus tambores sonarán á hueco: las huestes no acudirán á su llamado. Y ésto no es una profecía. Las madres de hoy, más grandes que sus abuelas, no quieren continuar engendrando hijos para el matadero; y antes de entregarlos al monstruo de la guerra para que los devore, desesperadas, locas de dolor, las cabelleras revueltas, los ojos como acucias y los músculos distendidos en el esfuerzo supremo, atraviesan sus cuerpos en las líneas ferrocarrileras creyendo—¡infelices!—evitar de ese modo la partida brutal (1).

Vosotros ya sabéis lo que acontece después: los cuerpos son echados á un lado, el tren pasa... y los hijos no vuelven.

Pero ¡qué gran paso hemos dado! Ya no se engaña á las madres; y si todavía sus hijos sirven ambiciones bastardas ó defenden, obligados, posesiones conquistadas, no lo hacen con su consentimiento. Ya ellas saben que para mejores fines debieron haber nacido.

Es que vientos nuevos soplan, es que fuerzas nuevas vienen, es que el fermento ya existe y la marea de las almas, como en el mundo físico, sube arrojando en forma de escoria los malos elementos. Es que después de milenios de noche hay luces de aurora, y en los aires vibran gritos de triunfo. Y esa aurora, que se anuncia con ruidos de tormenta—porque para hacerse la luz suele ser necesaria la convulsión—es la que no quieren ver los insensatos. Pero si la luz no los ciega, como á aquellos que han permanecido mucho tiempo en las tinieblas cuando de pronto los hiera el sol, verán que puros son los rayos con que ella ilumina.

Estas frases tuvieron la virtud de irritar hasta la insensatez á mas de un sectario.

Tengo la seguridad que hoy, al lanzar esta página también levantaré más de una protesta provocando más de una amenaza. Pero ¡no haya miedo! que la falange de los *sin-patria* aumenta incesantemente gracias á que no han sido hechas las mordazas para los que con Guyau afirmamos que quien no obra como piensa no piensa completamente. Así pensamos, así obramos los que tenemos el coraje de nuestras convicciones, fruto exclusivo del estudio y la experiencia.

Luchemos, pues, sin temores á cobardías ni renunciamientos, con la virilidad de los fuertes, la confianza de los que han de vencer, la altivez de los íntegros y el denuesto de los libres para apresurar la llegada del día en que, al decir de Timon, la Libertad, en marcha triunfal, verá caer las barreras de las aduanas, los tribunales y los jueces, los cadalsos y las cárceles, las aristocracias y los ejércitos, las censuras y los monopolios, reuniendo en confederación á las naciones, diversas de lengua y costumbres, en nombre del mismo humano interés, de la misma dignidad, civilización, reposo y bienestar.

ALBERTO GHIRALDO

(1) Referencia á las madres de los quintos españoles durante la última insurrección cubana.

CLÁSICOS CRIOLLOS

RELACIÓN que hace el gaucho Ramón Contreras, a Jacinto Chano, de todo lo que vivió en las fiestas Mayas en Buenos Aires, en el año 1822

CHANO

¡Con que, mi amigo Contreras,
Que hace en el ruano gordazo!
Pues desde antes de marcar
No lo veo por el pago.

CONTRERAS

Tiempo hace que lo ofrecí
El venir a visitarlo,
Y lo que se ofrece es deuda:
¡Pucha! pero está lejaños.
Mire que ya el mancarón
Se me venía aplastando.
¿Y usted no fué a la ciudad
A ver las fiestas este año?

CHANO

No me lo recuerde, amigo
Si supiera ¡voto al diablo!
Lo que me pasa ¡por Cristo!
Se apareció el veinticuatro
Sayavedra el domador
A comprarme unos caballos:
Le pedí á diezochos reales,
Le pareció de su agrado,
Y a no se habló palabra,
Y ya el ajuste cerramos;
Por señas, que el trato se hizo
Con caña y con mate amargo.
Calíentase Sayavedra,
Y con el aguadentoso
Se echó atrás de su palabra,
Y deshacer quiso el trato.
Me dió tal coraje, amigo,
Que me aseguré de un palo,
Y en cuanto lo descuide,
Sin que pudiera estorbarlo,
Le acudí con cosa fresca:
Sintió el golpe, se hizo gato.
Se enderezó y ya se vino
El alfajor relumbando,
Yo quise meterle el poncho;
Pero, amigo, quiso el diablo
Tropezarse en una tabla,
Y luegoito mi contrario
Se me durmió en una pierna
Que me dejó coloreando.
En esto llegó la gente
Del puesto, y nos apartaron:
Se fué y me quedé caliente
Sintiendo no tanto el tajo
Como el haberme impedido
Ver las funciones de Mayo:
De ese día por el cual
Me arrimaron un balazo,
Y pelaré hasta que quede
En el suelo hecho miñangos.
Si usted estuvo, Contreras,
Cuénteme lo que ha pasado.

CONTRERAS

¡Ah fiestas lindas, amigo!
No he visto en los otros años
Funciones más mandadoras,
Y mire que no lo engañó.
El veinticuatro á la noche,
Como es costumbre, empezaron,
Yo ví unas grandes columnas
En coronas rematando,
Y ramos llenos de flores
Puestos á modo de lazos.
Las luces como agnacero
Colgadas entre los arcos,
El cabildo, la pirami,
La recoba y otros ladós,
Y luego la verseria.
¡Ah cosa linda! un paisano
Me los estuvo leyendo.
Pero ¡ah poeta cristiano,
Qué décimas y qué trovás!
Y todo siempre tirando
A favor de nuestro aquel.
Luego había en un tablado
Musiquería con fuerza;
Y bailando unos muchachos
Con arcos y muy compuestos
Vestidos de azul y blanco;
Y al acabar, el más chico
Una relación echando
Me dejó medio... quién sabe.
¡Ah, muchachito liviano,
Por Cristo que le habló lindo
Al veinticinco de Mayo!
Después siguieron los fuegos
Y cierto que me quemaron
Porque me puse cerquita,
Y de golpe me largaron
Unas cuantas escupidas
Que el poncho me lo cribaron.
A las ocho de tropel

Para la merced tiraron
Las gentes á las comedias;
Yo estaba medio cansado
Y enderezé á lo de Roque;
Dormí, y al cantar los gallos
Ya me vesti, calenté agua,
Estuve cimarroneando
Y luego para la plaza
Coji y me vine despacio:
Llegué ¡bien haiga el humor!
Lentitos todos los bancos
De pura mujerería:
Y no, amigo, cualquier trapo,
Sino mozas como azúcar,
Hombres, eso era un milagro;
Y al punto en varias tropillas
Se vinieron acercando
Los escueleros mayores
Cada uno con sus muchachos,
Con banderas de la patria
Ocupando un trecho largo:
Llegaron á la pirami
Y al dir el sol coloreando,
Y asomando una puntita...
Bracando los camaznos,
La gacetera, el tropel,
Música por todos ladós,
Banderas, danzas, funciones,
Los escuelistas cantando;
Y despues salió uno solo
Que tendría doce años,
Nos echó una relación...
¡Cosa linda, amigo Chano!
Mire que á muchos patriotas
Las lágrimas les saltaron.
Mas tarde la soldadesca
A la plaza fué dentro
Y desde el fuerte á la iglesia
Todo ese tiro ocupando.
Salió el gobierno á las once
Con escolta de á caballo,
Con jefes y comandantes
Y otros muchos convidados,
Doctores, escribinistas,
Los justicias á otro lado,
Detrás la oficialeria
Los latones culebreando.
La soldadesca hizo cancha
Y todos fueron pasando
Hasta llegar á la iglesia.
Yo estaba medio delgado
Y enderezé á un bodegón:
Comí con Antonio el manco,
Y á la tarde me dijeron
Que había sortija en el Bajo;
Me fué de un hilo al paraje,
Y cierto no me engañaron.
En medio de la alameda
Había un arco muy pintado
Con colores de la patria,
Gente, amigo, como pasto,
Y una mozada lucida
En caballos aperados
Con pretales y coscojas,
Pero pingos tan livianos
Que á la más chica pregunta
No los sujetaba el diablo.
Uno por uno rompía
Tendido como lagarto,
Y... zas... ya ensartó... ya no...
¡Oganle que pegó en falso!
¡Qué risa y qué boracear!
Hasta que un mocito amargo
Le afojó todo al rocin
Y ¡bien haiga el ojo claro!
Se vino al hano, llegó
Y la sortija ensartando,
Le dió una sentada al pingo
Y todos ¡viva! gritaron.

¡Bien haiga el bisticque diablo!
Despues se treparon otros
Y algunos también llegaron.
Pero lo que me dió risa
Fueron, amigo, otros palos
Que había con unas guascas
Para montar los muchachos,
Por nombre rompe-cabezas;
Y en frente, en el otro lado,
Un premio para el que fuese
Hecho rana hasta toparlo;
Pero era tan bellisimo
Aquel potró, amigo Chano,
Que muchacho que montaba,
Contra el suelo... y ya trepando
Estaba otro... y zas, al suelo;
Hasta que vino un muchacho
Y sin respirar siquiera
Se fué el pobre resbalando
Por la guasca, llegó al fin
Y sacó el premio acordado.
Pusieron luego un pañuelo
Y me tenté, mire el diablo!
Con poncho y todo trepé,
Y en cuanto me lo largaron
Al infierno me tiró,
Y sin poder remediarlo
(Perdonando el mal estilo)
Me pegué tan gran culazo,
Que si allí dentro narices
Quedo para siempre frito.
Luego encendieron las velas
Y los bailes continuaron,
La cuctería y los fuegos.
Despues todos se marcharon
Otra vez á las comedias,
Yo quisiera verlas un rato
Y me metí en el montón,
Y tanto me rempujaron
Que me encontré en un galpón,
Todo muy iluminado,
Con casitas de madera
Y en el medio muchos bancos,
No salían las comedias
Y yo ya estaba sudando
Cuando, amigo, de repente
Ardesé un maldito vaso
Que tenía luces dentro,
Y la llama subió tanto
Que pegó fuego en el techo:
Alborotóse el cotarro,
Y yo que estaba cerquita
De la puerta, pegué un salto
Y ya no quise volver.
Despues me anduve paseando
Por los cuarteles, que había
También muy bonitos arcos
Y versos que daba miedo.
Llegó el veintiseis de Mayo
Y siguieron las funciones
Como habían empezado.
El veintisiete lo mismo:
Un gentío temerario
Vino á la plaza: las danzas,
Los hombres subiéndolo al palo,
Y allá en el rompe-cabezas
A porfia los muchachos.
Entretanto la sortija
La jugaban en el bajo.
Así que dieron las ocho
Corté para lo de Alfaro,
Donde estaban los amigos
En beberaje y fandango.
Eché un celito en batalla,
Y me resbalé hasta un cuarto
Donde encontré á unos calandrias
Calientes jugando al paro.
Yo llevaba unos realitos,
Y así que echaron el cuatro
Se los planté, perdí en boca,
Y sin medio me dejaron,
En este un catre viché,
Y me la fui acomodando,
Me tapé con este poncho.
Y allí me quedé roncando.
Bato es, amigo del alma,
Lo que he visto y ha pasado.

Vine á la plaza; las danzas
Seguían en el tablado;
Y vi subir á un inglés
En un palo jabonado
Tan alto como un ombú,
Y allá en la punta colgando
Una chuspa con pesetas,
Una muestra y otros varios
Premios para el que llegase.
El inglés era baquilano.
Se le prendió al palo viejo,
Y moviendo piés y manos
Al galone llegó arriba,
Y al grito ya le echó mano
A la chuspa y se largó
De un pataplús hasta abajo:
De allí á otro rato volvió
Y se trepó en otro palo
Y también sacó una muestra,

CHANO
Ni oírlo quisiera, amigo.
Cómo ha de ser! Padeczasmos!
A bien que el año que viene
Si vivo iré á acompañarlo.
Y la correremos juntos.

Contreras lió su recado
Y estuvo allí todo un día;
Y al otro ensilló su ruano,
Y se volvió á su querencia
Despidiéndose de Chano.

BARTOLOMÉ HIDALGO.

Se reían de los anarquistas cuando, hace veinte años, decían que los trabajadores no debían esperar nada de la comedia electoral. Hoy son los burgueses mismos quienes hacen tal declaración en un diario que, por más de un concepto, puede ser considerado su órgano por excelencia.

En efecto, ante los mendigos de sufragios, el proletario no tiene más que cruzarse de brazos y esperar... esperar hasta el día que sea bastante fuerte para romperles en la cabeza esa urna de la cual pretenden sacar el derecho de dominar y gobernar. Hay una cosa que me maravilla prodigiosamente—hasta me atrevería a decir que me dejó estupefacto,—y es que, en el periodo científico en que escribo, después de las innumerables experiencias, después de los escándalos diarios, pueda haber todavía un elector, un solo elector, tan animal, ignorante y alucinado, que consienta en dejar sus ocupaciones, sus sueños ó sus placeres, para votar en favor de alguien ó de algo. Cuando se reflexiona un sólo instante, parece que tan sorprendente fenómeno está hecho para extravíar las más sutiles filosofías y confundir la razón. ¿Dónde está el Balzac que nos dé la fisiología del elector moderno? ¿Dónde el Charcot que nos explique la anatomía y los trastornos mentales de ese incurable demente? Esperamos que se presente. Comprendo que atribuyan sufragio siempre a los partidos, la censura de defensores ó la ópera cómica, dilettantes; *Le Petit Journal*, subscribers; Loubet, pintores que celebren su entrada rigida y triunfal en una ciudad del Languedoc; comprendo á Chateaubriand obstinado en buscar la rima: lo comprendo todo. Pero que un diputado ó un senador, ó un presidente de República ú otro cualquiera entre todos los extraños farantes que pretenden un cargo electivo, sea el que quiera, encuentre un elector, es decir, un ser extraordinario, un mártir improbable que lo alimente con su pan, lo vista con su lana, lo engorde con su sangre y lo enriquezca con su dinero, con la sola perspectiva de recibir á cambio de esas prodigalidades, garrotazos en la cabeza y puntapiés en el trasero, si es que no hiere su pecho la descarga del fusil, es más de la razón, ya has de sentir pesadilla, que yo me había formado hasta ahora de la sociedad humana en general. Debe comprenderse desde luego, que yo hablo aquí del elector ilustrado, convencido, teórico; del infeliz que se imagina realizar un acto de ciudadano libre, afirmar su soberanía, expresar sus opiniones, imponer—¡oh, locura admirable e incomprensible!—programas políticos y reivindicaciones sociales, y no del elector que, estando en el secreto, se ríe de los demás, no viendo en todo esto más que un medio de tomar una borrachera á cuenta del sufragio universal. Pero, ¿y los otros? ¡Ah, sí, los otros! Los formales, los austeros, el *pueblo soberano*, aquellos que se sienten embriagados al mirarse y decirse: "Soy elector; nada puede hacerse sin mí; yo soy la base de la sociedad moderna. Por mi voluntad Waldekerousseau hace leyes á las que están sujetos 35.000.000 de hombres: duques, burgueses y obreros." (¿Cómo es posible que haya todavía necios semejantes? ¿Cómo por muy testarudos, orgullosos y simples que sean, no han comprendido después de tanto tiempo, lo ridículo y vergonzoso de su posición? ¿Cómo es posible encontrar en alguna parte, ni en el fondo de las landas perdidas de la Bretaña, ni en las inaccesibles cavernas de los Pirineos, á un hombre bastante sordo para votar azul, blanco ó rojo, sin que nada le obligue á ello, sin que le paguen ó le emborrachen? ¿A qué extraño sentimiento, á qué misteriosa sugestión puede obedecer ese bipedo pensante, dotado de una voluntad, según se desprende, y que va, orgulloso de su derecho, creyendo cumplir su deber, á depositar en una urna electoral cualquiera una papeleta con un nombre escrito que nada le debe importar? ¿Qué es lo que ha podido decirse á sí mismo que justifique, ó al menos explique, ese acto extravagante? ¿Qué es lo que espera? Porque, en fin, para consentir en darse años poco escrupulosos que le espriman y que le apalen, es necesario que él se diga y que él espere algo extraordinario que nosotros no podmos sospechar. Se necesita que, debido á importantes trastornos cerebrales, las ideas de delegados correspondan en él á las de ciencia, justicia, abnegación, trabajo y probidad; que hasta en los nombres de cualquiera de nuestros políticos descubra buenas cualidades, que vea, á través de una ilusión óptica, honradez en los que piden sus sufragios. Nada le sirve de lección, ni las comedias más burlescas ni las tragedias más terribles. Y, sin embargo, van largos siglos que dura el mundo, que las sociedades de desarrollan y se desenvuelven, parecidas las unas á las otras, y que un hecho único domina á la histórica: la de pagar por una multitud de cosas, de las que nunca ha de disfrutar, y la de morir por combinaciones políticas que nada le interesan. ¿Qué puede importarle que sea Juan ó Pedro quien le pida su dinero y le quite la vida, cuando se ve obligado á desprenderse del uno y dar la otra? Nada; y, sin embargo, entre sus espoliadores y sus verdugos establece la preferencia, votando por los más rapaces y más feroces. Votó ayer, votará mañana, votará siempre. Los carneros van al matadero; nada se dicen ni nada esperan; pero al menos no votan por el carnicero que los ha de matar ó el hombre que se los ha de comer. Más bestia que las bestias, más acarnado que los carneros, el elector nombra su carnicero y elige su verdugo; ha hecho revoluciones para conquistar ese derecho.

¡Oh, buen elector, inexplicable imbécil, héroe desgraciado! Si en vez de dejarte atrapar por el canto de sirena de esa prensa asalariada que cobra por embrotearte; si en lugar de dar oídos á las quimericas adulaciones con que halagan tu vanidad, con que rodean tu lamentable soberanía harapienta; si en vez de detenerte, ¡oh, eterno ciego! ante las engañosas promesas de los programas, leyeras á Schopenhauer y Marx Nordau, dos filosofos que saben bastante sobre el particular, tal vez aprenderías cosas sorprendentes y útiles; quizá después de haberlos leído te hallarías menos dispuesto á revestirte de gravedad, y poniéndote galán nuevo correr en seguida á las urnas homicidas, en las cuales, cualquiera que sea el nombre que eres, celas desde luego el de tu más mortal enemigo. Ellos te dirían como conocedores de la humanidad, que la política es una farsa abominable, que toda ella es lo contrario del buen sentido, de la justicia y del derecho, y que á ti nada debe importarte, pues tu suerte está sujeta á las indicaciones del gran libro del destino humano. Sueña después de esto si quieres con paraísos de luz y de perfume, con fraternidades imposibles y venturas irrealizables; es bueno soñar y eso calma los sufrimientos; pero no mezcles jamás el candidato á tu sueño, pues allí donde él esté allí estará el dolor, el odio y la muerte. Acuérdate, sobre todo, que el hombre que solicita tus sufragios es, por ese hecho mismo, un hombre poco honrado, pues en cambio de la posición y de la fortuna hacia la cual lo lanzas, él te promete un cúmulo de cosas que no ha de darte y que, aunque quisiera, no te podría dar. El hombre á quien elevas no representa ni tu miseria, ni tus aspiraciones, ni nada tuyo, sino sus propias pasiones é intereses, los cuales son á los tuyos contrarios. Para reponerte de la ilusión perdida, no vayas á imaginarte que el triste espectáculo á que hoy asistes es propio solo de una época ó de un régimen y que éste pasará. Todas las épocas son poco más ó menos iguales y lo mismo todos los regímenes; es decir, que ninguno vale nada. Así, pues, vuélvete á tu casa y has la huelga del sufragio universal. Nada perderás en ello, te lo aseguro, y algo podrá distraerte de momento; desde el quejido de tu puerta, corrada á los perdidosos políticos, verás desfilar la mascarada fumando silenciosamente tu pipa.

Y si existiese en un lugar desconocido un hombre honrado capaz de gobernarte y de interesarse por ti, no te apures por eso. Este estimará bastante su dignidad para no mezclarse en la lucha fangosa de los partidos, y será lo bastante orgulloso para no recibir de ti una representación que tú nunca concedes sino á la audacia cínica, al insulto y á la mentira. Ya te lo he dicho hombre de bien: retírate á tu casa y haz la huelga.

OCTAVIO MIRBEAU.

Entre ellos



- Pared ¿ha visto lo que dice MARTÍN FIERRO?
- No.
- Pues dice que si Cristo apareciera otra vez en la tierra nos sacaría á tiros del templo y no ya y rebencazos como hizo con los mercaderes.
- Sí, pero nosotros no somos mercaderes!
- Sí, pero ¿ganamos un platón...
- ¡Chists!...

TROFEO GLORIOSO

I.

Sobre un abrupto peñón
juntándose cien bandidos
constituyeron unidos
una terrible nación.
Al saqueo y al pillaje
denodados se lanzaron
y aquel país devastaron
lentos de furor salvaje.
--Necesitamos mujeres--
dijo el jefe cierto día.
--Ellas traerán la alegría
hartándonos de placeres.
Y hay que buscar al momento
lo que todos anhelamos,
pues, sinó, nos condenamos
á morir de aburrimiento.

Excitados por el vino
y anhelosos de robarlas
conviniéron en sacarlas
de cierto país vecino,
y con mañas ingeniosas
dejaron los rondadores
á sus pobres moradores
sin hijas y sin esposas.

Rugiendo el pueblo indignado,
con sus aprestos de guerra
hizo retemblar la tierra,
justamente exasperado
y tremolando con furia
su bandera victoriosa,
lleno de angustia espantosa,
fué á vengar tamaña injuria.

II.

En espléndido festín
los bandidos se embriagaban
y su empresa celebraban
con una orgia sin fin.
Más supieron los bandidos
los aprestos belicosos
de los burlados esposos
y los padres ofendidos,
y en su soberbia trinchera
la banda se preparó,
cuando á faltar encontró
una cosa: la bandera.
El pedón de la cuadrilla
de asesinos y ladrones
fué, á la postre... unos calzones
del jefe de la gavilla,

III.

Cuerpo á cuerpo y cara á cara
lucharon valientemente,
sin que ningún contendiente
en la lucha flaqueara.

Ansiando venganza fiera
los del país ofendido
forman un grupo nutrido
en torno de su bandera.
Bandera á la que ligadas
van mil victorias gloriosas;
una de aquellas famosas
banderas de las cruzadas;
noble insignia que descuella
sobre la grey ofendida,

que se encuentra decidida
á dar su vida por ella.

Tras de luchar con valor
la bandera del bandido
conquistóla el ofendido,
y la de éste el ofensor.

IV.

El jefe de los ladrones
la bandera contemplaba
pensando en que precisaba
con urgencia unos calzones
Con habilidad pasmosa
la bandera desgarró
y un calzón se fabricó
de la bandera gloriosa.

V.

En la iglesia secular
del pueblo que fué ofendido,
y en la nave suspendido
y en preferente lugar,
se ve un harapo asqueroso,
calzones que un tiempo fueron,
y que en la iglesia pusieron
como un trofeo glorioso
El que con patrio fervor
enseñan los habitantes,
á pesar de que hoy como ántes
despide muy mal olor.

LUIS GARCÍA.

TIPOS DEL CAMPO

PEDRO era inteligentísimo, sagaz. Enterado de todas las mañas del campo, era vaqueano en todos los caminos de su tierra, y si ignoraba, por su condición, la historia política de Entre Ríos y sus hombres, le garanto al lector que conocia en cambio todos sus animales y marcas. Sorprendido muchas veces por su salud, actividad, audacia y talento natural, me decía: «¿De dónde salen estos tipos?... ¿Del campo! Los produce como papas y zanahorias, y librados á sus instintos, desarrolláanse sus dotes hasta lo último, creándose ágiles, fuertes, vivaces, agueridos, mientras que en la ciudad, con las regaloneras, se vive y muere á medio crecer. Dáme esa cuando oigo á los *civilizadores* de América repetir á cada instante: «Civilización, civilización!» -- y veo á sus representantes y encargados de civilizarnos, tan estúpidos é ignorantes de las cosas de la vida, que son, en el campo, la risa de los gauchos, quienes, de lástima, les ponen la comida cortada en la boca para que no se mueran de hambre. Fuera de zaujear y sudar como caballos, no saben nada, nada, -- ni leer, ni escribir, ni hablar. ¡Es que el desierto es un mundo aparte! Es el libro más vasto que la vista humana puede contemplar, y la inteligencia, forzada por la necesidad, se nutre y dilata. ¿Queréis nada más inteligente que el gaucho? Llegan á nuestro país comisiones de sábios, cargados de instrumentos científicos, para estudiar la flora, la fauna y otras riquezas de los territorios nacionales, y tienen que principiar por ponerse en manos de indios, para que les indiquen los caminos, -- los guien, -- les enseñen cómo han de vivir para no morir, -- lo que buscaban, -- los secretos misteriosos y lo que no ha averiguado aún la ciencia: cuando va

á llover y cuando hará buen tiempo. Flamarion acaba de decir en una correspondencia: «Sabemos las distancias exactas entre los astros; averiguaremos sus condiciones físicas y si tienen ó no habitantes, pero ignoraremos si va á llover mañana». ¿Conoces, lector, el cuento de los burros? Llegaron hace algunos años varios sábios extranjeros á la Rioja, cargados de instrumentos, con el objeto de hacer, en aquel cielo diáfano, observaciones meteorológicas. Llegaron, en una noche de luna, á un pobre rancho, y el propietario, al ver que se alistaban á dormir bajo los árboles, les ofreció que pasaran siquiera bajo del corredor, porque podía llover ... Los sábios, ante el cielo cristalino, sereno, riéronse del pronóstico del gaucho, atribuyéndolo á su ignorancia, y prefirieron dormir á la luz de la luna. Oscurecido á media noche el cielo, descárgase un copioso aguacero, y los sábios, arrastrando sus camas é instrumentos, golpeáronle la puerta al gaucho, demandándole hospitalidad. «¡No les dije!» -- exclamó éste, al abrirla. «¡Ya lo preveía, desde que vi á la tarde llegar escarciendo los burros al corral!» «¡Pues, señores, -- dijo uno de los sábios, -- vamos más bien á nuestro país, si hemos de viajar tanto tiempo con nuestros instrumentos, para que unos burros en el desierto nos enseñen meteorología!» Esta es la ciencia moderna. Sus billones de libros no cabrían en la pampa, y fuera de algunas verdades elementales, no se ha descubierto nada, porque sus autores, en vez siquiera de decir lo que piensan y sienten, no hacen sino copiarse y adular la preocupaciones del vulgo, para hacerse simpáticos. ¡Audaz, mi observación, eh!

ARTURO REYNAL O'CONNOR.

A propósito del público de "ALAS"

Un público atento, indiscutiblemente, es el mejor público que puede apetecer un autor, aunque la atención no implica la comprensión.

Esta directamente depende de la relación que se establece entre la mentalidad del autor y la mentalidad del público. No obstante, obras hay que obtienen colosal éxito y que al poco tiempo parecen no haber existido siquiera, y obras que, por el contrario, han recibido rechazo, á las veces el más humillante, para más tarde inmortalizarse, inmortalizando á su autor.

¿Puede entonces admitirse como definitivo el juicio de un público? ¿Otro público no desaprobará mañana lo que éste ayer aprobó ó viceversa?

Y surge contundente la más completa negación del valor del juicio del público.

Sin embargo éste ha de ser el llamado á determinar el éxito de las obras, éste quien dictará el fallo definitivo, ya en el presente, ya en el porvenir, déspota ó justiciero, siempre anónimo.

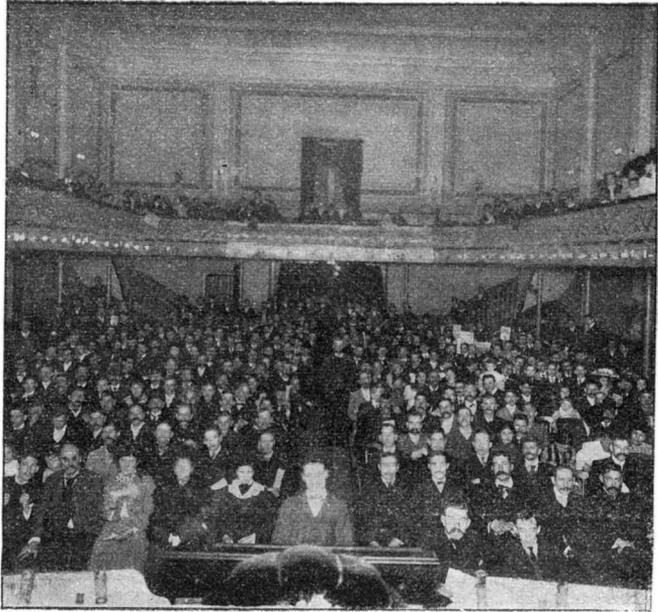
Cabe, empero, distinguir entre los públicos, ya que la diversidad de opiniones demuestra que no hay público, sino públicos. Podrá, entonces, clasificarseles. Y de acuerdo con la mentalidad de cada uno considerarse en su medida el valor de su juicio

La obra más artística y delicada, la más vibrante y profunda, no logrará conmover á un público de salvajes ó de niños, como tampoco la concepción más bella y elevada, la concepción más racional, podrá arrancar á un sectario del empecinamiento de su fé. Un negador de la vida, un mutilador de existencias no apreciará jamás al soberbio afirmador de estas en toda su amplitud. Rugirá de entusiasmo y alegría el fanático halagado por ver la vida oprimida entre los moldes por él forjados, mientras sonríe sarcástico ó indiferente, el excéptico, ó se rebela indignado ó triste el que concibe la libertad sin más límites que los de ella misma.

Cada público pues, tiene sus idiosincracias ni más ni menos que cada individuo. Y lo que puede producir en uno las más grandes expansiones de aprobación y entusiasmo, en otros puede provocar protesta, menosprecio ó indiferencia.

No vale pues el público por el hecho de ser tal, ni porque las circunstancias le erijan en juez; ni importa por tanto su aprobación ó reprobación sino de acuerdo con la mentalidad que la inspira.

Cada juicio, como cada gusto, es un derecho, sin que la existencia de éste autorice verdad que no sea subjetiva, verdad que solo podrá adquirir realidad á condición de objetarse en la razón que no admite prejuicios.



Aspecto de la sala durante la representación de "Alas"

De donde también podría sostenerse que la finalidad de la obra debería coincidir ó—por lo menos determinar satisfaciéndola en el instante—con la finalidad del público, sea esta práctica ó ideal.

Es pues de todo punto necesario para que el mérito corresponda al éxito, la concordancia entre el público y el autor. Y esta concordancia será tanto mayor, cuanto más se aproxime á un mismo grado la mentalidad del exponente y la mentalidad del auditorio.

Razones de circunstancia pueden tambien ejercer grande influencia en el éxito de una obra. Pero ya esto entra en la categoría de lo incidental que, en buena lógica, no puede ser nunca admitido como principio.

Esto ha ido ocurriéndoseme á propósito del notable éxito de *Alas*. Éxito que sin la concordancia entre el público y el autor, no se habría producido, como seguramente no podrá producirse ante un público que no tienda hacia la liberación de la vida.

Los tiranos han protestado siempre de la libertad. Los rebeldes han protestado siempre de los tiranos.

Dad cualquiera de estos dos públicos á *Alas* y de ante mano y sin correr riesgo de ser tachados de profetas, precisaréis el éxito...

Por lo demás, una sola ha sido siempre en sus múltiples formas la belleza, la belleza en que se ha inspirado *Alas*, la belleza de ayer, de hoy, del porvenir, la belleza eterna, inmarcesible, que es, porque no puede ser otra cosa que la idealización de la vida.

No voy a relataros una aventura galante, con concentrado sabor á los tiempos del Rey-Sol, ni que trascienda á las intrigas amorosas de la corte napoleónica; no voy á presentaros una duquesita de la Fronda, con sus nevados cabellos, recostada negligentemente en la *chaise longue* de una salita secreta, aguardando, con la sonrisa en los labios y los párpados entornados, que algún fogoso mosquetero vaya á beber en sus brazos marmóreos un largo sorbo de voluptuosidad. No; la heroína de esta historia vive en otra época y ocupa otro escenario. Será, si os parece, mas prosaica, infinitamente mas prosaica que las de las crónicas de madame Genlis... ¡Qué queréis! No vivimos en aquellos tiempos en que las mujeres se inmolaban á la propia sensualidad ó á las trivialidades del capricho ó de la coquetería.

En verdad que no es más poético—ya que en los espasmos líbricos no cabe poesía—pero sí menos prosaico, el rendirse á la voz de la naturaleza, al acicate del sexo, que rendirse á la voz del estómago, al acicate del hambre. Por lo menos, á las tempestuosidades del erotismo no se mezcla entonces la onda de los sarcasmos desoladores...

La heroína de esta historia, como decimos, no es una princesa, sino una griseta; el escenario no es un palacio ó un castillo, sino una estrecha habitación, oscura y húmeda, de una casa de vecindad. A la luz de una pequeña lámpara, que proyecta en las paredes una claridad débil y lóbrega, Amanda, una mujercita delgada y nerviosa como una flor enferma, con los ojos circuidos por las tintas violáceas del insomnio y de las privaciones, esta inclinada sobre su costura. De un rincón de la estancia emerge su lecho, que comparte con Marta, su hermana menor, chiquela de once años, que duerme un sueño violento, presa á frecuentes intervalos, de una tosecita seca, débil pero desgarradora. La noche—noche de invierno—es oscura y tormentosa. El agua golpea los cristales con acompasadas y monótona intermitencia; el viento solloza lúgubremente en las rendijas de la habitación. Y Amanda cose, cose sin descanso, y las puntadas suceden á las puntadas con pasmosa ligereza, haciendo crujir la tela nueva y dura que desafía el empuje del dedal. El reloj del cuarto contiguo deja oír, á través de los muros, las doce campanadas de la media noche. La costurera endereza su cuerpo, levanta la cabeza, y, con la mano á la altura del hombro, con la aguja enhebrada entre los dedos, permanece suspensa, contando en silencio los golpes, hasta que se extinguen en el espacio las últimas vibraciones. En ese momento vuelve la tos á Marta, un acceso de esa tosecita seca que parece arrancar de lo más profundo de su pecho. La enfermita se sienta en la cama y tose, tose... Su cuerpecito enclenque se dobla á cada esfuerzo, como una caña mecida por el viento, y adquiere contornos vaporosos, como si se esfumase en el claroscuro de la estancia; su rostro pálido, que recibe los mezuquinos reflejos de la luz de la lamparilla, está bañado por esa difusa lividez que flota sobre los cadáveres. Amanda, la pobre Amanda, deja su labor sobre la silla, y se acerca al lecho. Marta abre todo lo que puede sus grandes ojos, impregnados de morbosidad, y clava sus opacas pupilas en las de su hermana. Entonces ésta, acariciando el rostro de la chiquela, la reprocha dulcemente... "Me has prometido dormir—le dice—. No duermes, y, despierta, te ataca la tos."—Si... pero... no... no puedo... Me duele mucho... mucho... aquí... ¿Sientes? ... Y toma la mano de Amanda, y la posa sobre su seno. Y nuevamente le acomete la tos, la tosecita seca y débil pero desgarradora...

—Vamos—le dice Amanda—acuéstate tranquila y ya vendrá el sueño. Yo coseré un momento más y me acostaré. Tengo que entregar el trabajo mañana á las ocho... ¿Sabes? Mañana tendremos dinero. Te compraré el remedio y te haré, además, un lindo regalo si me haces caso... Y empuja suavemente á Marta y le recuesta la cabeza en la almohada. Y vuelve á la silla y se inclina otra vez sobre su labor. Es un hermoso delantal de raso, bordado á mano, en el cual trabaja desde hace una semana. ¡Se lo ha recomendado tanto esa señora! Es un obsequio para una niña que casará la noche siguiente... Y mientras le da los últimos toques, Amanda, por afinidad de ideas, piensa en la

novia. ¿Será bella? Y, como es generosa y buena, no lo duda. Y se la representa como ha de estar, bella, muy bella, con su vestido blanco, los azahares, arrastrando una gran falda y luciendo brillantes gruesos como avellanas... Verdad que, por un momento, acarició la ilusión de ser ella, la pobre costurera, aquella bellísima novia, é imaginó otra Amanda que le bordaba el delantal. Y penetró en la iglesia, resplandeciente de luces, seguida de un séquito numeroso que la contemplaba, pálida por la emoción, avanzar hacia el altar del brazo de su padre, enterrado otro trabajador y resucitado severo caballero de frac y de galera de felpa. Un poco más atrás venía ella... ¿Cómo era él? Ella lo conocía, pero no sabía cómo era. Pero era él, el mismo él, la imagen que flotaba siempre ante su vista en sus peligrosos sueños de gloria.

Pero fué un momento. Sólo le quedó después el consuelo de pensar que ella tampoco era fea, que era simpática, que tal vez era hasta bonita... Si; si no lo fuera, no la perseguirían tanto los hombres en la calle cuando volvía de entregar la costura. Se acordaba basta de las frases: —Señorita ¿me permite que la acompañe? Y ella apreta el paso para librarse del importuno. Y, sin embargo, muchas veces siente tanto tener que hacerlo así! Hay algunos... ¡bah!... que le agradan realmente... pero ella sabe demasiado lo que van buscando. ¡Si al menos encontrase un hombre trabajador que quisiese unir su suerte á la suya! Ella le querría tanto! Le haría la comida y le lavaría la ropa, y todavía le quedaría tiempo para coser para afuera. Pero todos los que la cortejaban eran, á decir verdad, unos mequetrefes que pretendían deslumbrarla con su lujo para hacerla caer en las redes... Sin ir más lejos, ahí estaba ese repórter que vivía, como ella, en un tugurio del conventillo, ese pobre bohemio que gastaba todo su sueldo en libros y en mujeres. ¡Qué pesado! Le había escrito cartas y hasta versos, y seguía escribiéndole aún, á pesar de que ella había roto todas las cartas y los versos en las narices del autor. El no se arredraba por tan poca cosa, y todas las madrugada, de regreso del diario, al pasar por la habitación de Amanda, daba tres golpecitos en el marco de la puerta y esperaba en vano la contestación. Y á propósito: —no debía tardar en llegar. Había que apurarse. No era conveniente que el cuarto estuviese alumbrado. Eso podía ser un estímulo para su audacia.

Y sigue cosiendo y cosiendo... Un momento más y concluye. Y piensa, con una sonrisa de satisfacción en los labios, que dentro de unas cuantas horas recibirá su dinero, un dinero ganado con tantos afanes y que representa, tal vez, la salud de Marta y el pan de ambas... Al fin da un gran suspiro y endereza el cuerpo sobre el respaldo de la silla. ¡Ya ha concluido! Dormirá cuatro horas... pondrá el despertador á las siete...

Al desperzarse ha echado á rodar el carretel por el suelo. Lo busca desde la silla y no lo encuentra. Toma entonces la lámpara con una mano, mientras en la otra tiene su labor. Se inclina y busca un momento. De pronto lanza un grito y se espasme en la alocba un penetrante olor á género quemado. En un descuido la llama, atraída por el raso, ha volatizado toda una esquina del delantal...

Amanda, la pobre Amanda, se deja caer, pálida, desencajada, vencida, sobre la silla. El horror de su situación se presenta ante su vista en toda su espantosa realidad. —Marta enferma, muriéndose por falta de remedios; el alquiler de la habitación impago; la bolsa de coco que pende del pasador, sin un mendrugo; la miseria más espantosa, el hambre, el frío, la calle perperspectiva... ¡Oh, ya era demasiado!

Se oyeron pasos en el corredor, y un instante después sonaron tres golpecitos en el contramarco de la puerta. Amanda se levantó estremecida, cogióse la cabeza entre las manos y permaneció un momento indecisa. Luego miró hacia el lecho. Marta dormía ahora profundamente. Entonces, con mano resuelta, descorrió la cerradura, hizo girar el picaporte, y con voz temblorosa y lúgubre, dijo:

—Entrad.

CUANDO veinticinco años atrás se producía alguna tentativa ó reclamación del género de las que después se han ido llamando feministas, no dejaban de elevarse discusiones á propósito de su legitimidad.

Existen prejuicios de sexo, de raza, de casta ó de clase social, de profesión, que forman inconscientemente parte de la mentalidad, aún en el hombre de ciencias, prejuicios que éste no logra tan fácilmente desembarazarse de su influencia sobre su pensamiento, aun cuando hechos positivos le hayan revelado la existencia de semejantes prejuicios. No hay duda que el prejuicio del sexo ha entrado por gran parte en ciertas apreciaciones formuladas bajo fórmula científica al tratarse de la inferioridad intelectual de las mujeres y en el éxito que obtuvieron estas apreciaciones, ya que el análisis anatómico y psicológico quedaron grandemente mal tratados, así como el sexo femenino. El orgullo del macho se manifestó en aquellas apreciaciones con violencia, como si lo hubiesen irritado.

Las mujeres hacían valer su ilustración y sus diplomas, invocaban también autoridades filosóficas; pero se les opondrá cifras que ni Condorcet, ni Stuart Mill, ni Emilio de Gerardin conocieron jamás. Estas cifras cayeron como mazazos sobre las pobres mujeres, acompañadas de los comentarios y de los sarcasmos más feroces que las más misérgicas imprecaciones de ciertos Padres de la Iglesia.

Los teólogos se habían preguntado si la mujer tenía alma. Algunos siglos más tarde por poco estuvieron los sabios que no le negaran una inteligencia humana. En algunas reflexiones y conclusiones al decir de las cuales parecería que, en la evolución de la especie humana, la mujer quedó, bajo ciertos aspectos de los más importantes, notablemente por su desarrollo cerebral y diversos caracteres morfológicos del cráneo ó de los miembros, en un estado relativamente poco alejado del estadio antropoide.

No es exagerado considerar tales apreciaciones como resultado de un prejuicio y hasta de un prejuicio irritado, pues no fueron emitidas con aquella circunspección que los mismos autores hubieran desplegado en cualquier otra ocasión.

De todos modos, un prejuicio puede contener una parte de verdad que lo refuerza y contribuye á mantenerle. La superioridad muscular del hombre sobre la mujer y los múltiples impedimentos inherentes á las funciones maternales han determinado la supremacía social del hombre en todos los tiempos y en todos los lugares. Las razones sociológicas de este hecho son bastante aparentes para considerarlo como resultante de necesidades vitales para los dos sexos. No es la consecuencia de un sentimiento de orgullo excesivo engendrado en el hombre por la superioridad muscular que ha hecho de él, naturalmente, el mejor defensor y proveedor de la comunidad.

Pero este sentimiento de orgullo ha podido resultar del ejercicio de la supremacía muscular, tanto más fácilmente cuando la división del trabajo entre los dos sexos ha debido acentuar las diferencias sexuales secundarias y que el acrecentamiento de la civilización ha llevado más lejos la división del trabajo masculino.

Así se ha formado el prejuicio masculino, prejuicio particularmente robusto en las profesiones llamadas liberales. Los sabios, los literatos, los artistas y funcionarios de *élite* superiores en su propio sexo, son en su mayoría superiores intelectualmente á sus mujeres, por lo menos hay razones psico sociológicas para creerlo así. Lo mismo sucede con los industriales y comerciantes. Pero el análisis necesario para que esta superioridad no se hinche ni se generalice demasiado á los ojos de esta *élite* masculina, exige un cierto grado de especialización psicológica. El prejuicio se origina y sería extraño que no lo compartiera la mayoría de los emborriona cuartillas. La misma mujer que se queja de semejante prejuicio, se considera á su vez, en virtud de un prejuicio semejante, mejor dotada que su costurera ó su criada.

Lo que precede tiene por objeto señalar la existencia real de un prejuicio masculino del cual importa mucho á los dos sexos sacar la parte de verdad que pueda encerrar, si la hubiere. Al mismo tiempo se ha indicado que la supremacía masculina observada en todos los pueblos con grados diferentes es un resultado, no de la opinión de los hombres en vista de la inteligencia de las mujeres, sino de causas mucho más profundas y de necesidades sociales. No hay ninguna razón para creer que esta subordinación social de las mujeres, por lo menos tal como existe actualmente, tenga que ser forzosamente eterna é inmutable.

Por lo que concierne á la distribución sexual del trabajo social, vemos algunas causas orgánicas seguramente primordiales; pero todas las diferencias sexuales orgánicas no ofrecen una igual constancia ni una igual antigüedad.

¿Hasta qué punto la distribución sexual del trabajo social está ordenada por razones biológicas? ¿Hasta qué punto se ha conformado á estas razones? ¿Qué progresos podrían desearse bajo este aspecto de la cuestión?

Son planteadas tanto más legítimamente estas preguntas cuanto que numerosas formas de trabajo han tomado nacimiento y se han desarrollado considerablemente en las sociedades modernas, y algunas de estas formas no parece, al primer examen, que convengan al sexo masculino. Existen además formas de trabajo que han sido abandonadas al sexo femenino únicamente á causa de su simplicidad y de su menor importancia sin haber pensado siquiera en la cantidad de esfuerzo muscular que exigen. Por último, multitud de mujeres, en el actual estado de cosas, véanse obligadas á atender por sí mismas á sus necesidades, á menudo hasta las de la prole, y á veces también tienen á su cargo las necesidades de hombres válidos y fuertes, porque, según parece, hay necesidades económicas que hacen sea particularmente precioso para la sociedad el trabajo muscular industrial de las mujeres y aún el de los niños aunque tenga que cumplirse en detrimento del de los hombres.

No es extraño, por tanto, que las mujeres consideren su subordinación como un simple producto de la brutalidad, del egoísmo y del prejuicio masculinos.

Dado que los obstáculos que encuentran las mujeres en la nueva forma de lucha que se les impone han salido de un régimen social que excluye la lucha entre los sexos, yo digo que es lógico reclamar la supresión de estos obstáculos si un régimen opuesto los hace injustos, odiosos é innobles. Es muy lógico por parte de las mujeres arastradas á su pesar sobre un terreno en que ya los hombres se devoran unos á otros. No hacen más que reclamar condiciones de lucha que sean equitativas.

Sin duda los fenómenos económicos se cumplen con tanto rigor como los fenómenos físicos, una vez determinados. Existen leyes económicas, de acuerdo; pero no son una razón para que vayamos á considerar que tenga que sufrirse fatalmente el efecto de estas leyes. La existencia de leyes biológicas igualmente inexorables, no nos impide de ningún modo que dirijamos nuestra conducta y que la reformemos cuando creemos necesario para evitarnos desgracias que hemos sabido prever. Cuando regulamos nuestra higiene, cuando atacamos una epidemia y cuando curamos un enfermo, no nos rebelamos de ningún modo contra la Fisiología, ni contra la Patología biológicas. Nos servimos, simplemente, de las leyes biológicas de igual modo que nos servimos de las leyes físicas y químicas "obedeciéndolas". Pues lo mismo pasará en materia social, aunque, sin duda, con mayor dificultad.

Precisamente porque existen también leyes naturales y rigurosas en esta materia, podemos esperar servimos de ellas á medida que las vayamos conociendo.

Una sociedad, como un individuo, llega á darse cuenta de su mal, más pronto ó más tarde, por medio del sufrimiento. Pero es necesario que se produzca una gran suma de sufrimientos sociales para constituir un sufrimiento

MATRIMONIO MODERNO



- Mangangá!
- Grosero!
- Verdugo!
- Demonio!
- ¡Ay! ¡Ay! ¡Aaaaay....

to social. Y cuando esta suma llega á ser enorme, no tan solo no es aun sensible para todas las unidades sociales poseedoras cada una de consciencia propia y de yo distinto, sino que buen número de estas unidades sociales resultan aun más prósperas. Entre estas últimas es donde, naturalmente, se establece más difícilmente la noción de un mal social ó de una mala dirección social, y donde suele hablarse de la inevitabilidad de las leyes económicas, como antiguamente se hablaba de la voluntad divina.

Esto significa que, si el mal existe, es un mal necesario en el sentido de que es la consecuencia de causas inaccesibles contra las cuales nada se puede. Sin embargo las quejas de los que sufren son á veces bastante numerosas y bastante fuertes y llegan á ser un factor sociológico no despreciable. Entonces se producen como en torno de un enfermo, proposiciones y sistemas que recuerdan la terapéutica médica primitiva, pero que no dejan de representar una creencia legítima en la futura aparición de una terapéutica social.

En el estado actual de la sociología, pueden perfectamente producirse desórdenes sociales y tener consecuencias lamentables, inmediatas unas, otras más lejanas, sin que estos desórdenes se perciban como tales, sea porque el sufrimiento no es bastante general ó sea porque una adaptación momentánea restrinja ó cambie de lugar el sufrimiento.

Voy á dar un ejemplo típico lo mas sumariamente posible:

Los salarios se vuelven insuficientes para atender las necesidades de una ó de varias categorías de trabajadores (para ser mas breve me limito al punto de vista pecuniario.) Entre estos trabajadores la mayor parte no deja, sin embargo de continuar casándose y procreando. Entonces sus mujeres véense obligadas, para contribuir á los gastos del hogar, á ofrecer su trabajo á vil precio. Consecuencias: agravación de la situación general, hogar descuidado, hijos malacmente educados, maridos que recurren al alcohol, etc. Otros trabajadores, más prudentes, se abstienen del matrimonio y no procrean. Estos prosperan. El medio, por consiguiente, se sistematiza. Consecuencias: más alcoholismo, los célibes recurren á la prostitución. Otra consecuencia: como que los maridos se hacen raros, las jóvenes se ven obligadas, á su vez, á buscar nuevos expedientes para vivir. Unas recurren á la prostitución. Otras ofrecen su trabajo manual á bajo precio para poder mantenerse, para ganar tal vez un marido y un hogar. Nueva agravación análoga á la precedente.

Si se casan, las mujeres caen en la primera de las situaciones indicadas anteriormente, á no ser que se abstengan de hacer hijos. Si no se casan tienen que abstenerse igualmente de hacerlos. Del mismo modo si han logrado encontrar empleos donde no está permitido ni es posible poder ser madre ó cuidarse de los hijos. La primera nece-

sidad que se impone es la de ganarse la vida. Afortunadas son las mujeres que pueden lograrlo por no importa cuales medios. El número de hombres sin trabajo aumenta cada día, así como el número de hogares descuidados, de niños vagabundos, de hombres y mujeres alcohólicos, de criminales y de prostitutas. La población autóctona disminuye en cantidad y debe perder asimismo en valor, pues que son únicamente los previsores é inteligentes quienes han logrado evitar la miseria evitando ó el matrimonio ó la procreación, mientras que la prole degenerada ó en vías de degeneración, de los miserables imprevisores y sin inteligencia, no disminuye.

Los fenómenos perniciosos indicados en este esbozo se cumplen, en efecto, con una lentitud relativa, solememente si se puede decirse, y á una profundidad en que la observación superficial no penetra. Lo visible y lo que sobre todo llama la atención, es el lado pecuniario de las cosas. Una multitud femenina halla en el trabajo industrial una ganancia mínima pero sin la cual su subsistencia ó la de su familia estarían comprometidas. Sin embargo, no dejan de contribuir á la producción y al acrecentamiento de la riqueza pública, y por este hecho su trabajo enriquece á numerosos patronos y á la industria no le falta brazos. Mujeres hay que ganan algo más de lo que requieren sus necesidades, pues que llegan á economizar para la vejez ó logran hacerse con un hogar que equivale á una dote.

De ahí sacan en conclusión algunos que sería bueno abrir nuevas salidas al trabajo industrial de las mujeres, tanto más cuanto que éstas no retrocedan ante ningún esfuerzo aunque tenga que perder la salud y la vida en poco tiempo. Pero no hay anverso ni reverso. También hay los hospitales que se llenan, y, además, por cada mujer que se inutiliza, diez se ofrecen enseguida á ocupar su puesto.

Respecto á las que logran amasar un pobre peculio en el que se contiene, literalmente hablando, la emancipación, la independencia y la libertad, puede verse el uso que se apresuran á hacer de esta libertad. Cuando pueden lo emplean, en buscar un marido, un hogar, hijos, es decir, todo lo que representa el famoso yugo conyugal. Es preciso creer que si este yugo es susceptible de mejoramiento, las mujeres lo prefieren á esta vida mitad hombruna mitad de mujer que se les propone bajo el falso título de emancipación. Y no es que la vergonzosa explotación disimulada por este título haya sido premeditada. Resulta de la obligación, en que se han hallado las mujeres, de adaptarse, para poder vivir, á condiciones sociales cuya inmoralidad no pesa únicamente sobre el sexo femenino. Pero esta inmoralidad se traduce en este sexo por síntomas que contribuirán poderosamente á hacerla resaltar, así como la inminencia creciente del peligro que de ella resulta para todo el cuerpo social.

L. M.

PSICOLOGÍA DEL AVARO

EN la democracia de las bajas pasiones ninguna es más vulgar que la avaricia. La fiebre del centavo se acompaña con tales manifestaciones, exige tal contextura íntima, que, con plena justicia, debe colocársela entre las peores enfermedades del sentimiento y la inteligencia. Afecta, en mayor ó menor grado, las facultades humanas superiores, y así se explica que el avaro presente una fácil característica de inferiorización general.

Se sabe que esta infección reposa en una hiperestesia del concepto económico. El sujeto atacado considera las cosas sólo desde el punto de vista de su naturaleza económica, ó, por lo menos, le atribuye importancia determinante.

Sería errado sostener que sólo es avaro aquel que se priva hasta de lo indispensable. Es necesario juzgar el asunto con arreglo á un amplio criterio. Hay personas que se tratan bien, lo cual no impide que sean Shylocks más ó menos azucarados. Sólo los *ultras* llegan al extremo de vegetar como anacoretas en una analgesia total de sentimientos y apetitos. A renglón seguido deben clasificarse los egoístas que no dan dinero ni nada al prójimo. Por el contrario, siempre cavilan en la mejor manera de usufructuar al vecino.

Ese tipo de avaro por egoísmo es muy frecuente. Nunca tiene espontaneidades que impliquen gasto en favor de un tercero ó de la sociedad; podría representársele, en el más favorable

de los casos, por un sujeto que mete la mano en el bolsillo, pero que se guarda de retirarla en tiempo oportuno. Es el que llega siempre tarde para el abono; el que no distrae suma alguna sin inmediata compensación. Es el eterno concurrente á las fiestas gratis ó baratas; el que no acostumbra galanterías que cuesten dinero, si ellas no han de reportarle ventaja cotizabile; el que prefiere hacer lo que en sociedad se llama un feo papel, antes que contribuir á la realización de ideas nobles que importen una erogación; es, en fin, aquel que en todo momento calcula los medios de obtener lo más dando lo menos posible, el hombre aritmético que hila muy delgado en cuanto pudiera favorecer á alguien además de su propia persona; el que puede podrir la fruta y las flores en su quinta, si no puede negociarlas; el que conoce todas las habilidades para no dejarse engañar por el proveedor; el que todo lo compra en remate ó á vil precio y sabe aprovechar las buenas ocasiones; el que se rebaja hasta la súplica ó el engaño para que cualquier pobre diablo le trabaje gratuitamente ó poco menos; el que sufre una apoplejía cuando le llega la noticia de la muerte de un deudor; el esquilmador con pactos de retroventa y negocios usurarios; el que sostiene que un centavo más otro centavo suman dos centavos, que á interés compuesto producen un tercer centavo; el que siempre está dispuesto á recibir y nunca á dar.

Por cierto que estos detalles son demostrativos de avaricia cuando constituyen la preocupación constante de un individuo cuya posición pecuniaria podría evitarle las continuas bajezas y frotamientos inherentes a este sistema acumulativo repugnante. Nada puede decirse en contra del pobre que se ve forzado á proceder de igual suerte, por más que exista siempre un límite, pasado el cual ya no es disculpable semejante actitud.

Existen, pues, dos categorías de avaros. El que llamaré *absoluto* porque se daña á sí mismo con privaciones desproporcionadas á sus recursos ó que aspira á un capital sin necesidades equivalentes, por inferioridad intelectual y moral, y el que puede titularse *egoísta avaro*, acumulador de grandes sumas, relativo buen vividor, pero que se guarda de favorecer directa ó indirectamente á nadie con una migaja apreciable de su renta.

No sería lícito exigir tampoco que, por el simple hecho de poseer cuantiosos ó relativos bienes, se halle obligada una persona á repartir obsequios á diestro y siniestro en beneficio de holgazanes y aprovechadores sin delicadeza. Se cometen grandes errores de juicio en tal sentido y á veces hasta los hombres económicos caen bajo el mote de avaros gracias á este principio acomodaticio.

Hay individuos que encuentran muy racional que un tercero les facilite á título graciable una limosna apenas disimulada bajo el carácter de préstamo, y reclaman esta protección con tanta frecuencia, que llegan á constituirse un *modus vivendi*, significativo de una inmoralidad y relajación tal vez mayor que la misma avaricia. Estos tipos constituyen la verdadera plaga de los hombres ricos y de aquellos que, sin serlo, viven con una modesta apariencia obligada por sus gustos ó por imprescindibles exigencias sociales.

Hay que descartar, por consiguiente, esta causa de errores, más importante de lo que pudiera creerse y bastante extendida entre cierto gremio de intelectuales mendicantes, refractarios, por *excel-situd de naturaleza*, al principio económico y moral que obliga á cada uno á ganarse honesta y derechamente la subsistencia, ó á acomodarse dentro de sus medios sin mayores pretensiones á la hacienda ajena.

Precisamente los avaros exageran este principio racional, que no atenúan por razones de sensibilidad. Esta es una de sus cualidades distintivas, á la que debe agregarse la reducción de la inteligencia; es decir, que el avaro carece de las más elevadas facultades humanas. Vive en un mundo inferior, y por eso es que los espíritus delicados

lo tachan de vulgaridad y lo miran con repugnancia. La prodigalidad bien entendida siempre se ha considerado como signo de magnificencia y la generosidad ha sido muestra en toda época de nobleza y distinción. Ellas son, en efecto, reveladoras de sentimientos aristocráticos, hasta el punto que á todo el mundo chocan esos *intelectuales y distinguidos*, dominados por la avaricia, tan frecuente en la sociedad actual. Son flores con perfume de ácido sulfhídrico. Nadie puede excusar á la naturaleza haber creado á tales sujetos en tono de burla para la ciencia y el arte, que viven de armonías. Pero la ciencia estudia, sin embargo, en el capítulo de la patología, á estos aristócratas por el cerebro y plebeyos por el corazón, que combinan la obra intelectual y social con la discusión sobre el precio de los comestibles que se consumen en su casa.

CÁRLOS BAIRES.

OFICINAS de "MARTIN FIERRO"

HAN SIDO TRASLADADAS

A la calle Santiago del Estero 1072



"El amigo de los pájaros"—ARANDA

CUYO esq. MAIPÚ

BUENOS AIRES

BIER-CONVENT

CUYO esq. MAIPÚ

BUENOS AIRES

DE

LUZIO Hnos. Y MONTI

RESTAURANT

y CERVECERIA

SALONES ESPECIALES PARA

FAMILIAS Y BANQUETES

9

Rocca y Martinelli

MOBILIARIO y TAPICERÍA

Reproducción de muebles y decoración de estilo

**GRAN SURTIDO PERMANENTE
DE MUEBLES DE TODAS CLASES**

Corrientes, 990 Buenos Aires

10

Ghiraldo & Cia.

**EXPORTADORES DE HARINAS
Y CONSIGNATARIOS DE FRUTOS DEL PAÍS**

Calle SAN MARTIN, 253

BUENOS AIRES

U. Telefónica 1777, Central Telegramas: **MONTECOR**

11

A. CABEZAS

UNIÓN 2112, (Avenida) COOPERATIVA, 717

Calle CUYO, 546

entre FLORIDA y S. MARTIN

BUENOS AIRES

La casa más importante de Sud-América en Ropa Hecha y Sobre Medida

CALZADO Y SOMBREROS PARA HOMBRES, JÓVENES, NIÑOS, SEÑORAS Y NIÑAS

**Recién inauguradas las Secciones de
CAMISERÍA-BONETERÍA-CORBATAS**

**LA QUE CONFECCIONA MEJOR Y VENDE
MÁS BARATO EN TODO EL MUNDO**

CATÁLOGO GRATIS

12

"El Malacara" * Almacen
y Fiambreria
de Juan Vismara

Calle **SERRANO, 102 esq. MUÑECAS**
BUENOS AIRES

FOTOGRAFIA

REFFO

Defensa 861 - Buenos Aires

16



ARMONIUM-SKALA

Cualquier persona puede tocarlo
Conozca ó no la música

\$ 90 CON PIEZAS
É INSTRUCCIONES

GUITARRAS - MANDOLINES - CÍTARAS

Se reciben suscripciones á los periódicos quincenales "IL
MANDOLINISTA" é "IL PIANO FORTE, de Turin.

PESOS 2.50 POR AÑO

CASA TONINI FLORIDA 470

18